



¿Qué es la Francmasonería?

por el Q.: H.: Marc Halévy-van Keymeulen
Bélgica

Gentileza de Manuel Antonio Gandarillas Lagos

Biografía de Marc Halévy-van Keymeulen:

Después de haber estudiado en el Politécnico, Marc Halévy se especializa en ciencias de la complejidad al lado del premio Nobel 1977, Ilya Prigogine. En paralelo, lleva un doctorado en filosofía y en historia de las religiones, completado por estudios rabínicos. En 1981, funda la primera empresa del grupo "Maran"¹ para proporcionar coaching gerencial en el seno de empresas en situaciones complejas. Desde mediados de los años 90, se dedica a la Prospectiva. Enseña en diversas universidades y grandes escuelas así mismo imparte un vasto programa de seminarios y conferencias. Ha publicado una veintena de libros y un centenar de artículos.

¿Que es la Francmasonería?

La Francmasonería de hoy es el fruto de una larga maduración que empezó durante la Edad Media en las canteras de las abadías románicas y de las catedrales góticas. En este entonces, los constructores eran simples artesanos, detentores de un saber de oficio que les era piadosamente transmitido, guardado secreto herméticamente y heredado algún día a los que seguirían sus pasos.

Este saber era su fondo de comercio: de ninguna manera se trataba de transmitirlo a alguien que no pertenecería al oficio. Así, para estar seguros de no cometer ningún desliz, los masones recibían, durante su admisión en el orden masónico, palabras, signos y toques que les permitirían, a lo largo de su vida, "re-conocer" un hombre como uno de los suyos, como uno de sus hermanos dentro de esta gran familia

¹ Marán (en hebreo מָרָן), es un título usado para dirigirse a grandes rabinos de trayectoria excepcional. (N.D.)

universal que agrupaba a todos los constructores auténticos, poseedores de los secretos de las herramientas de los talladores de piedras y de la geometría de los arquitectos. Ahí está el origen de este famoso “secreto masónico” que ha dado tanto (demasiado) de qué hablar.

El Francmasón de hoy es el heredero de estos. Pero abandonó el taller operativo (de “operare”: trabajar con sus manos) de las catedrales para entrar en el taller especulativo (de “speculare”: trabajar con su pensamiento) de lo humano. Hoy, la única catedral que construir es el hombre mismo, pero nada cambia en cuanto a los métodos, a las herramientas. Las habilidades manuales de antaño se transformaron en habilidades del espíritu y del corazón, es todo. Esta mutación de lo operativo a lo especulativo comenzó desde el siglo XVII y se acabó durante el XVIII, en especial en Inglaterra.

Pero dejemos ahí la historia: no es más que la apariencia externa de las cosas. Más vale penetrar en el corazón de la Francmasonería para ver y entender su lugar en el mundo de hoy.

La Francmasonería es, a la vez, una fe, un orden y una fraternidad.



Es una fe...

Fe en la existencia de un Gran Arquitecto del Universo. Así, los Masones muestran que no creen en un universo fruto del azar materialista: el universo es el fruto, la manifestación, la expresión de algo que lo rebasa infinitamente. La naturaleza de este algo importa poco: es y seguirá siendo un misterio y que así se quede. Por lo menos, los Masones no se pelean entre sí, como los profanos (los no-Masones), sobre el sexo de los ángeles o los atributos divinos. Se encuentra aquí probablemente la fuente de esta “tolerancia” masónica de la cual se nos habla a menudo. Los Masones no son especialmente tolerantes: son simplemente lúcidos y no pretenden saber cuando no saben mientras sí saben que nunca sabrán. Al afirmar su fe en el Gran Arquitecto del Universo, los Masones recusan todoegocentrismo: el hombre ni es el centro, ni la cima, ni tampoco el fin del Universo. El hombre es un medio, un instrumento, un artesano en el taller del mundo al servicio del Arquitecto supremo.

El mundo es un taller. El hombre es un taller. Todo queda por construir, por crear, por edificar. Pero no de cualquier forma: existe un Arquitecto supremo que indica el camino, el de la armonía universal, o también, de la belleza, de la sabiduría y de la fuerza creadora.... Nietzsche hablaría tal vez: de la “Voluntad de Poder”, Bergson: del “Impulso Vital”, Teilhard de Chardin: del “Punto Omega”. Este camino es un misterio. Hay por lo tanto que salir de nuestro estado nativo de hombres ciegos e ir en búsqueda de la Luz que iluminará el camino a seguir. Es precisamente el papel de la iniciación el de ofrecer este acceso a la Luz.

La Francmasonería es, en efecto, iniciática, es decir, que se elabora en base a un método pedagógico muy particular, totalmente opuesto a la exposición dogmática o al curso ex – cathedra...

Este método iniciático pasa por un ritual que expresa, bajo la forma del mito y del símbolo, las llaves del conocimiento a descubrir. Estos mitos y símbolos son semillas que el ritual siembra con profusión en la tierra de una fe naciente. Estas semillas, si la tierra es fértil y bien regada de sudor meditativo, germinarán y crecerán hasta engendrar el árbol de la vida interior de cada uno, cada uno para sí, en sí y por sí.

En este sentido, la Francmasonería, es un bosque donde ningún árbol es parecido a los otros, pero donde la vida del espíritu se desarrolla y se realiza en la diferencia y en la armonía. Esta armonización orgánica de las diferencias se llama “fraternidad”, pero volveremos a tocar este tema más adelante...

En suma, hacerse Francmasón (no se es Francmasón, uno se hace Francmasón indefinidamente...), es antes que nada tener esta fe inquebrantable en que la vocación última del hombre radica en la construcción de un Templo que lo rebasa infinitamente, un Templo que lo trasciende de modo radical, en que el hombre sólo tiene sentido estando al servicio de algo más grande que sí mismo (Nietzsche diría que el hombre sólo se vuelve hombre siendo un puente hacia lo Sobrehumano, es decir, hacia lo que rebasa el hombre).

La Francmasonería ofrece las herramientas para trazar el plano de este Templo y para edificar sus estructuras. Y esta ofrenda es iniciática, es decir, que se dirige mucho más al cerebro derecho (el de la intuición, de la imaginación, de lo cualitativo, de lo global, de la sensibilidad, de lo hermenéutico, de lo visual,...) que al cerebro izquierdo (el de la racionalidad, del cálculo, de lo cuantitativo, de lo analítico, de la lógica, de lo verbal,...). En este sentido, la Francmasonería es un anti-racionalismo, como una especie de puente entre Edad Media y contemporaneidad, por encima de estos cinco siglos de materialismo racionalista y cientificista que se extiende del Renacimiento italiano a la Caída del muro de Berlín.

Orden

“Todo es orden y belleza, lujo, calma y voluptuosidad” (Baudelaire)

La Francmasonería es un orden. Esto significa que está ordenada, que está regida por una Regla (la regla es también una herramienta de arquitecto...), que debe ser regulada entonces. Esta regla, este orden descansa sobre algunos principios intangibles que se llaman “landmarks” (límites de espacio, cuadro del plano, de alguna forma). Además de la fe ineludible en la existencia del Gran Arquitecto del Universo, el nombre y contenido de los “landmarks” conocen distintos censos. Los principales son los siguientes.

El orden iniciático se construye sobre tres grados que son, en orden: el

del Aprendiz donde todavía no se es iniciado a los secretos del oficio, pero sí admitido a los “trabajos”, de alguna manera, como a prueba; el del Compañero donde se conocen las herramientas de la Francmasonería (el “cómo”); el del Maestro donde se descubre la vocación profunda de la Francmasonería (el “porqué”).

Todos los Francmasones pertenecen a una Logia, es decir, a una estructura de base, a una célula de la red. Cada Logia tiene un nombre. Es el lugar de encuentro y de la iniciación de los Francmasones. El conjunto de las Logias de un mismo Estado está federado en el seno de una Gran Logia (también llamada “Obediencia”), estructura puramente administrativa sin ningún poder ni de tipo iniciático o jerárquico más que de ser el garante de que todas las Logias que federa respeten correctamente los “landmarks” expresados en su constitución y sus reglamentos.

Desde finales del siglo XIX, bajo la presión positivista y científicista, existen muchas Logias disidentes respecto de la Regla universal común las cuales han querido liberarse de algunos “landmarks”, en especial los que se relacionan con la fe en la existencia del Gran Arquitecto del Universo (abriendo así la puerta a una tendencia materialista, atea, humanista y racionalista) y también respecto de la pura masculinidad (hablaremos de este tema más adelante).

Estas disidencias, presentes principalmente en Francia y en Bélgica, viven su vida por su lado y practican una Masonería no espiritual, en esencia, laica, política y dedicadas al cabildeo y como única herencia de la Francmasonería, algunas apariencias ritualísticas y formales. Estas obediencias disidentes se llaman en general “Gran Oriente” o “Derecho Humano”, etc...

Originalmente, el oficio de masón, exigiendo mucha fuerza física, no contaba muchas mujeres entre sus filas. A veces, algunas viudas de masones eran acogidas en los talleres con el fin de permitirles ganarse el pan, pero nunca eran iniciadas en los secretos del oficio: estábamos entonces en la sociedad extremadamente machista de la Edad Media cristiana, no hay que olvidarlo. Desde entonces, esta regla de la exclusiva masculinidad se ha mantenido, no tanto “en contra de” la mujer sino más bien como confesión de los hombres en ser incapaces de concentrarse para trabajar sobre sí mismos en presencia del bello sexo.

Esto dicho, las Logias regulares, puramente masculinas, han suscitado estructuras masónicas paralelas destinadas a acoger las mujeres, en Europa como en Estados Unidos.

Cada Logia está dirigida por un Venerable Maestro elegido por el conjunto de los Maestros. Este venerable hace oficio de presidente de sesión. Dirige los rituales y detiene la autoridad sobre los Hermanos presentes. Aquí no debemos confundir: ejercer autoridad no es detentar un poder.

Un Venerable ejerce autoridad: es respetado y escuchado porque es el más apto para dirigir los trabajos en virtud de su Conocimiento del oficio y por su talento en el Taller. En su tarea, el Venerable está rodeado por Oficiales dignatarios cada uno con un papel preciso. Hay un Primer Vigilante encargado de los Compañeros, un Segundo Vigilante encargado de los Aprendices, un Secretario que es la Memoria de la Logia, un Orador garante de la ortodoxia, un Maestro de Ceremonias para regular todos los movimientos en Logia, un Guardatemplo quien impide el acceso a quien no pertenezca a la Logia o no tenga permiso expreso de ingresar, etc...

Los "trabajos" de la Logia consisten esencialmente a preparar o ejecutar los rituales iniciáticos que jalonan la vida interior de cada Masón. Se trata de escuchar las "planchas" de "petición de aumento de salario" de los Hermanos Aprendices o Compañeros solicitando ser recibidos al grado superior; se trata de ejecutar los rituales de ejecución de estas recepciones; se trata de recibir a un Hermano conferencista que hablará alrededor de un tema exclusivamente masónico, de una meditación, de una hermenéutica personal que desea compartir; se tratará de una "tenida administrativa" de elección del nuevo Venerable; etc...

Pero jamás hay que olvidar que el trabajo del Masón, de cada Masón, no se hace en Logia, sino en sí mismo, en todo momento. La Logia no es el Taller. La Logia sólo es un lugar de transmisión y de retorno al origen. El trabajo se encuentra en otro lugar. El trabajo masónico es la realización de sí, al servicio del Gran Arquitecto del Universo, sobre el taller del mundo. La Logia nutre este proceso y trabajo pero nunca se identifica a él.

Fraternidad

La Francmasonería, por fin, es una Fraternidad: todos los Masones regulares del mundo son Hermanos, hijos de la misma Viuda (la madre del arquitecto Hiram, constructor del Templo de Jerusalén para el Rey Salomón en Israel):

Esta Fraternidad es mucho más que una cuestión de amistad: "¡Se escogen sus amigos, no a sus hermanos!" La Fraternidad masónica responde perfectamente a Saint-Exupery: "El amor, no es mirarse a los ojos sino mirar juntos hacia la misma dirección". Y esta dirección única, es precisamente el servicio del Gran Arquitecto para el taller del Universo y del hombre en el mundo. Lo que une a los Francmasones, mucho más allá de las simpatías y amistades interpersonales, es el proceso de realización que cada uno experimenta a cada hora de su vida de hombre en búsqueda de perfeccionamiento y creación de sí. Esta Fraternidad no es una fraternidad de escritorio, sino de lucha. Lucha contra sí, contra su pereza, su estupidez y barbarie, contra el orgullo y la suficiencia.

Esta Fraternidad nutre una verdadera solidaridad entre Masones. Pero

esta solidaridad nunca es favoritismo, mercantilismo, complicidad malsana, colusión ², bajo pena de sanciones y exclusión.

La historia de las obediencias disidentes que han caído en la política y en lo político, ha demostrado a saciedad, sobretodo en Francia, que la Fraternidad empieza a prostituirse y se vuelve esclava cuando sirve los intereses humanos, aun cuando a veces sean loables.

La Fraternidad masónica llama a cada Masón a vivir su vida en estrecha connivencia con sus Hermanos al igual que se vive en familia, ni más ni menos. Invita a salir de los esquemas mercantiles de lo dado y recibido, de la contabilidad del placer y del dolor: "Hay que dejar sus metales a la puerta de la Logia" se dice en Masonería, lo cual significa que el Masón debe esforzarse para funcionar con sus Hermanos en comunidad de espíritu y puliendo su ego. Al "Conócete a ti mismo" socrático se le hace eco un "Olvídate de ti mismo" masónico. Sólo la obra importa.

Sólo el taller y el trabajo importan, y las individualidades que ahí evolucionan, se borran ante el Templo que se erige poco a poco.
¡El trabajo es anónimo!



² Pacto ilícito en daño de tercero (N.D.).